

ningun modo se le dé hospitalidad en casa á esa pobre mujer; y por otro lado es preciso ir á buscarla ahora mismo.

—¿Qué se pudiera hacer?

—Yo estoy resuelto á desobedecer á mi padre. Se trata nada menos que de salvar á una infeliz. Acaso mas tarde aprobará mi conducta. Entretanto la conducimos con todo sigilo á la habitacion consabida por la puertecilla falsa á fin de que no tenga que pasar por la cochera ni por este jardin.

—Precisamente la puertecilla que menciona V. E. hace tiempo que no se ha abierto porque dá á esa pieza que de nada nos ha servido hasta ahora.

—Tanto mejor, lo que hay que hacer, es limpiar ahora el local y habilitarlo como se pueda para esta noche, y mañana lo harás arreglar decentemente. No hay que perder tiempo. Yo me voy ahora al Principal. Son las seis y empieza á anochecer. Cuando esté mas entrada la noche, la conduzco yo mismo por la puertecilla de la calle de Atocha.

—¿V. E. mismo?

—Sí, mejor será que vaya yo. Primero habia pensado que fueses tú por ella con una carta mia; pero ¿para qué fiar ciertas cosas al papel? Además, pudiera muy bien el comandante de la guardia oponer alguna dificultad, y estando yo presente me será fácil vencer todos los obstáculos. Tú ya tienes que hacer con el arreglo del cuarto, con que manos á la obra y mucha reserva sobre todo.

—Pierda V. E. cuidado que todo se hará como desea, y estoy cierto que S. E. el señor duque no sabrá nada hasta que V. E. determine decirselo, porque nunca visita las habitaciones que están bajo el dominio de este pobre jardinero. Si no fuera porque tengo repetidas pruebas de su bondad, diria que no está contento de mí. Jamás me saluda.

—Es su genio; pero me consta que te quiere.

—A lo menos veo que hace cosas que así lo indican; pero lo que es visitar mi humilde morada..... hablarme una sola vez..... mirarme con sonrisa..... ¡oh! eso nunca. Y á nosotros los pobres, nos halaga tanto que los ricos nos traten con amabilidad... así como V. E. que no parece que sea un amo, sino un amigo.... un padre.... Esto, créalo V. E., señorito, acrece el amor y respeto de los criados. Yo de mí sé decir, que mil vidas que tuviese las sacrificaría por V. E., señorito....

—Déjate ahora de impertinentes reflexiones, y anda listo en el desempe-

ño de lo que te acabo de encargar, pues antes de media hora viene conmigo la consabida inquilina.

—Con permiso de V. E.—repuso el jardinero inclinándose respetuosamente, y se marchó.

Don Eduardo subió á su aposento, tomó la capa y el sombrero y se dirigió precipitadamente al Principal. No quiso ir en coche para evitar que los lacayos fuesen testigos de su proyectada escena.

Presentóse en el cuerpo de guardia, y entablando conversacion con el comandante de la misma, supo que no se habia equivocado en el concepto que formó cuando le dijo el jardinero que la *Bruja* habia sido conducida entre bayonetas al Principal. Lo fué en efecto para ponerla á cubierto de las amenazas del populacho realista, de consiguiente no tuvo el gefe de la guardia el menor inconveniente en conceder la libertad á la pobre arrestada, que con las promesas que bondadosamente le habia hecho el mismo oficial, de que en breve se la dejaria libre, porque solo se habia tratado de salvarla, habíase tranquilizado y aun se mostraba reconocida á su libertador.

Grande fué su sorpresa al ver á don Eduardo.

—¿Usted aquí, señorito?—preguntóle con asombro.

—Vengo á sacarla á usted otra vez de su prision; pero será la última que me entrometa en prestarle mi apoyo, si por su parte no accede usted á mis razonables exigencias.

—¿Pues qué exige usted de mí, don Eduardo?—repuso la *Bruja* en estremo conmovida.

—Que admita usted desde hoy el hospedaje que la he ofrecido.

—Me es imposible, don Eduardo, me es absolutamente imposible.

—¿Por qué razon?

—Porque yo no puedo vivir en un palacio. En los palacios reina una atmósfera pestilente que ahoga á los pobres.

—No vivirá usted en el palacio.

—¿Pues dónde?

—En la humilde morada de un pobre jardinero.

—Es el jardinero de un duque, y este duque invadirá siempre que se le antoje la habitacion de su jardinero.

—No ha entrado nunca en ella.

—Pero puede entrar.

—No entrará.

—¿Quién lo afirma?

—Yo.

—Pero si sabe que en ella se ha dado hospitalidad á una pobre.....

—Tampoco lo sabrá.

—Pero el jardinero....

—Es hombre de bien, de toda mi confianza, y tiene mis instrucciones que seguirá escrupulosamente.

—¿Y los lacayos que me vean entrar y salir?....

—Entrará y saldrá usted por otra puerta que da á la calle de Atocha.

—Pero sería indispensable que yo saliese al jardin, porque usted me ha prometido que allí le veria todos los dias.... Yo tengo precision de ver todos los dias á mi buen protector... A la única persona á quien amo en este mundo hasta la idolatría.... Digo mal, porque amo tambien, como si fuera hija mia, á una tierna jóven que se esfuerza como usted en mitigar mis infortunios.

—Celebro mucho no ser solo en la grata empresa de consolar á usted; pero aquí perdemos el tiempo y es urgente que me siga.

—Pero no ha contestado usted á mi última objeccion.

—¿A cuál?

—A la de que es preciso vernos en el jardin del duque, y no quiero yo esponerme á que nos sorprenda otra vez.

—Es verdad... no conviene por ahora que la vean á usted en el jardin. Su permanencia de usted en casa del jardinero debe ser reservada; pero yo dedicaré todos los dias algunos momentos para verla á usted en su propia habitacion.

—¡Cuánta bondad!

Y la *Bruja* besaba con pasion la mano de su jóven bienhechor regándola con lágrimas de gratitud.

—Vamos, vamos—esclamaba don Eduardo esforzándose en vano por ocultar su emocion—ahora no es tiempo de llorar, sino de tomar una pronta resolucion.

—Yo quisiera complacer á usted; pero....

—¿Qué?

—Me es imposible.

—¿Por qué razon?

—Por muchas, y todas ellas las sabe usted.

—Son razones que no me convencen, ó mejor dicho, no son razones, sino caprichos de una terquedad ridícula.

—No se enfade usted.

—Yo no me enfado; pero usted no deja de hacer todo lo posible para disgustarme. No parece sino que se huelga usted en despreciar mis deseos.

—Estoy tan lejos de despreciarles, que mil veces me han hecho ellos derramar lágrimas de gozo y de gratitud, pero me veo en la dura precision de tener que rehusar algunos.

—Los que mas halagarian mi voluntad.

—¿Qué le hemos de hacer? Es desgracia mia, don Eduardo.

—No, no, es terquedad de usted.

—Yo no puedo admitir dádivas deshonorosas.

—Las dádivas de la amistad no deshonoran á nadie.

—Yo no debo vivir en un palacio.

—Se le ofrece á usted una habitacion humilde.

—Pero en el jardin del palacio de un duque.

—Es del todo independiente del jardin, si bien es verdad que se comunica con él; pero la entrada principal de la habitacion de que se trata, está en la calle de Atocha. Usted no quiere hacerse cargo de mis réplicas, porque no desea usted complacerme. Renuncia usted á la idea de verme todos los dias.

—¡Oh no!..... Eso no..... me moriria de dolor si no viera á usted todos los dias. ¿Le verá usted en esa casa?

—Con mucha frecuencia.

—¿Y estará usted contento?

—Sí, lo estaré si usted se allana á mis deseos.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Y me juzgaba yo infeliz!

—¿Por qué ha de serlo usted?

—Una miserable.... que ha sido siempre el escarnio del vulgo....

—Por lo mismo es preciso que cese ya semejante degradacion.

—Usted no quiere que maltraten á esta pobre indigente ¿no es verdad?

—Lo que yo quiero es, que no se esponga usted á ser escarnecida y apedreada como hoy mismo. Lo que quiero es que no mendigue usted su alimento á nadie....

—¿Y cómo pagaré yo á usted tantas bondades?

—Resolviéndose á no separarse de mis instrucciones.

—Es verdad, es verdad..... Usted será mi guía.... Yo debo allanarme á cuanto usted disponga.... porque desea usted que yo sea feliz.... y toda mi felicidad estriba en verle á usted contento.

—Siendo así, estará usted resuelta á seguirme, ¿no es cierto?

—Sí, hijo mio, sí, sería ofender al Todopoderoso, no seguir los pasos del ángel que me envía, porque usted es mi ángel custodio, hijo mio... Por usted, y por esa candorosa niña, á quien debo tambien mil beneficios, todavía me es grata la existencia. ¡Qué contenta se pondrá cuando sepa lo bien que voy á estar en lo sucesivo! Ella tambien deseaba tenerme en su compañía, y mil veces me habia reprendido el que perdiese mi subsistencia por las calles ó la ganase dando pábulo á las preocupaciones del vulgo, convirtiéndome en su vil juguete y siendo la mofa y el ludibrio de la hez de los holgazanes. Entonces mis padres vivian, y me era imposible abandonarles. Ahora estoy en otra posicion, y gracias á Dios puedo allanarme á los deseos de las dos únicas criaturas que me interesan en este mundo. Usted, don Eduardo, usted, y esa jóven angelical, son mis ángeles de salvacion. Cuando he abandonado el jardin del duque, iba á refugiarme en la casa donde vive esa candorosa criatura, porque hoy no la he visto aun, y tampoco puedo pasar un dia sin verla.... Usted que es tan bueno, señorito, me permitirá ir ahora á verla... No está lejos de aquí... Vive en casa de un honrado pintor, en la Carrera de San Gerónimo, junto al café de Lorenzini....

—¡Qué casualidad! precisamente quiero yo ver á ese pintor. Me habia propuesto ir un dia de estos... para tratar de cierto retrato... Iremos los dos ahora. Usted verá á esa niña, mientras hablo yo con el pintor....

La *Bruja* y el duquecito se encaminaron hácia la casa del honrado artista.

¡Pobre Enriqueta! ¡Enamorada niña! ¡Qué agena está de imaginar siquiera que la misma *Bruja*, que atemorizó su inocente corazon con vaticinios de sangre, conduce el idolo de su amor á su morada! ¡Y qué ageno á su vez está el generoso jóven de sospechar que camina hácia un abismo!

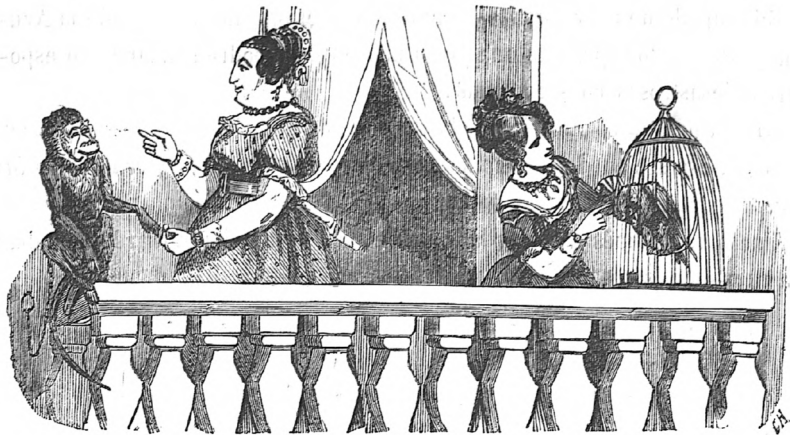
¡Incautas criaturas! Ya se acerca la fatal entrevista que inaugurar debe para sus enamorados corazones una série no interrumpida de dolorosos infortunios.

Ella hija de un pobre artista, él hijo único del orgulloso duque de la Azucena y prometido esposo de una joven marquesa, ¿podrán amarse sin esponerse á desastrosas consecuencias?

La una pobre, el otro rico, y la sociedad avasallada por funestas preocupaciones, esa sociedad corrompida *que tiene en mas estima y veneracion las riquezas que las virtudes!* ¡Desdichados!

Una hora después de entrada la noche, la *Bruja* y don Eduardo llamaban á la puerta de la casa que habitaba el honrado pintor.





CAPITULO XXIII.

ARISTOCRACIA IMPROVISADA.

Que tonos á sus galanes
Cante Juanilla estafando,
Porque ya piden cantando
Las niñas como alemanes;
Que en tono, haciendo ademanes
Pidan sin ton y sin son,
Chiton.

QUÉVEDO.

Tres dias habian bastado para dar á las amorosas relaciones del poeta y la hija del torero toda la publicidad que exigian los descabellados proyectos de venganza, que en su frenética presuncion y resentido orgullo habia concebido don Agapito, para castigar los desdenes de la ingrata Elisa, que después de haberse mostrado sensible y tierna á los obsequios del amartelado vate, habia trocado en cruel desvío la fidelidad jurada en mas bellos dias.

Solo don Eduardo sabia que Juanilla no era prima de don Agapito, porque este le reveló maliciosamente el secreto, á fin de que, como favorecido

amante de la pérfida heroína, se lo confiara, y de este modo supiera Elisa, que el hombre á quien habia despreciado, lejos de suicidarse, como en sus arrebatos de amor habia repetido una y mil veces, solazábase muy alegremente entre los cariñosos brazos de otra beldad.

Los demás no tenian motivos para dejar de creer que fuese prima de don Agapito la hermosa jóven recién llegada (segun se habia hecho creer á todos) con su mamá de una capital de provincia; ni estrañaban que en razon del parentesco viviese el dichoso poeta en compañía de la hechicera jóven.

La que representaba el papel de mamá, mujer de unos cincuenta años de edad, era precisamente la madre del contrabandista consabido, á quien Juanilla habia jurado fidelidad eterna. La traviesa jóven quiso entrometerla en la farsa, para cuando llegase el caso de justificarse con su novio. Seria fácil probar que á instancias de la señora Antonia (que así se llamaba la madre de Manolo) y del *tio Palique*, se habia decidido á admitir los regalos de don Agapito sin corresponder á su amor mas que con lisonjeras esperanzas, todo á fin de explotar la candidez del generoso amante en favor del único hombre á quien de veras amaba Juanilla, que era su inolvidable Manolo.

La señora Antonia por su parte nada podia dejar que apetecer. Era á propósito para desempeñar á las mil maravillas el papel que se le habia confiado. Obesa como corresponde á una mamá de la alta aristocrácia, color sano, ojos negros y bulliciosos, y una marcada sonrisa que abultaba de continuo sus rollizos mofetes. Era presumida, melindrosa, y no carecia de civilizacion, pues desde que enviudó, habia sido largos años ama de gobierno de dos célebres artistas que representaban los papeles de dama y galan en los principales teatros de las provincias. La señora Antonia habia aprendido á arreglar el tocado de su ama, y aun á vestirla con la inmensidad de trajes que la escena requiere, de modo que no le faltaba gusto y elegancia para embellecerse después de tan prolongado aprendizaje. Además, el continuo trato con personas distinguidas, la ponía en el caso de poder fácilmente remedar los modales de las señoras de buen tono. Ella y Juanilla lo creian así á lo menos, y esto era suficiente para arrostrar su brillante posicion social. ¡Cuántas señoras hay en Madrid de semejante estofa!

Verdad es que nuestras improvisadas aristócratas eran el blanco de la sarcástica ironía con que suele censurarse en los círculos del gran mundo todo lo que revela escasa experiencia del buen tono.

El bello sexo en esta parte es inexorable de todo punto. ¡Ay del que delinque en lo mas mínimo contra los sagrados preceptos de la elegancia! Mil lengüecillas mas agudas que el afilado visturí del colegial de cirujía, huélganse en hacer sangrienta anatomía de la víctima infeliz. Así es, que para vengarse del entusiasmo con que los jóvenes pagaban tributo de admiración á la hermosura de Juanilla, las envidiosas bellezas de la corte zaherian los inespertos modales de la supuesta primita del poeta, atribuyendo á provincialismo las frecuentes chocarrerías en que solian incurrir tanto ella como la que pasaba por su mamá.

Cuanto mas se esmeraban las aristócratas novicias en semejar palaciegas, tanto mas se descubria la hilaza de su humilde condicion.

Para ellas no habia diferencia en las horas del dia. Las distinciones de los trajes de *negligé*, de paseo, de tertulia ó de baile les eran de todo punto desconocidas, y creian que para parecer señoras, era preciso mostrarse á todas horas engalanadas de prendas de mucho valor.

Así es, que apenas apuntaba el dia se las veia ya en los balcones de su palacio dando bizcochos á su loro ó nueces al mandril, animalitos que segun ellas, debian formar parte de toda familia distinguida; pero hacian estas cotidianas operaciones por la madrugada, vestidas ya como si les aguardára la carretela para ir á un baile.

Tenian sobre todo grande afición á ostentar riquísimos aderezos y llevar inundados de sortijas los dedos de las manos, con las cuales gesticulaban de una manera á propósito para lucir estas joyas, que ellas mismas contemplaban á menudo con placer, como queriendo examinar el asombro que habian de producir en los demás.

Decidan nuestros lectores si esta conducta daria margen á las coquetas de la aristocrácia madrileña para aguzar su ingenio en la acrimonia de la sátira.

Sin embargo, Juanilla y la señora Antonia, desde que se habian instalado en su palacio de la calle Mayor, estaban muy satisfechas de que desempeñaban con toda perfeccion su papel. No dejaban de tener razon en parte, pues si no hacian las cosas á gusto de las envidiosas que las criticaban, los resultados correspondian enteramente á sus deseos.

El incauto jóyen que por tan raros medios habia querido vengar la ingratitud de su fementida Elisa, hallábase ya apurado para apagar la insaciable

sed de regalos de aquellas dos hidrópicas arpías.

Todo el caudal que habia sabido reunir con los préstamos de sus amigos, aquel inmenso erario que el imprudente cisne creia inagotable, habia desaparecido en los pocos días que llevaba de suprema felicidad en compañía de la supuesta primita y su empalagosa mamá.

Decimos empalagosa, porque lo era en grado superlativo para el alumno de Apolo, pues además de doblar el gasto con sus incesantes socialiñas, era un perenne estorbo que solia colocarse entre los dos supuestos primitos, pues no abandonaba un momento á Juanilla.

Don Agapito que en realidad habia llegado á enamorarse de la singular belleza de Juanilla, creia que eran ya suficientes las pruebas de amor que le prodigaba, para atreverse á exigir de la encantadora niña el galardón á que aspiran los amantes; pero ¿cómo tratar de tan importante cuestion, si la maldita vieja parecia la sombra de la hermosa jóven?

Viendo que no la perdía de ojo un solo instante, acabósele al poeta el sufrimiento, é impelido por los deseos que tenia de conferenciar á solas con la seductora *primita*, una mañana que estaban los tres en familiar conversacion, después de haber tomado el té, cuando ningun criado les importunaba con su presencia, dirigiéndose á la señora Antonia, dijo el poeta:

— Muy satisfecho estoy, señora mia, del talento, circunspeccion y dignidad con que representa usted el papel de mamá de Juanilla; pero no hay necesidad de que se lleven las cosas hasta un extremo vicioso.

— No entiendo lo que usted quiere decirme — contestó la señora Antonia.

— Quiero decir — repuso el poeta — que está muy bien que en público sea usted un Argos, un Can Cerbero, como suelen serlo todas las mamás siempre que se trata de vigilar el honor de una hija; pero cuando nos hallamos en casa, bien podría usted dejarla alguna vez á solas con un hombre, que á buen seguro debe ya inspirar á Juanilla una entera confianza.

— Me parece que entiendo la indirecta — replicó sonriéndose la señora Antonia, y cruzando una mirada de recíproca inteligencia con Juanilla, añadió: — precisamente no me falta que hacer para los preparativos del baile de esta noche. Voy á dar algunas órdenes á los criados, con arreglo á las instrucciones de usted, señor don Agapito.

— Perfectamente — exclamó el poeta con alegría; y después que se hubo ausentado la señora Antonia, mirando afectuosamente á Juanilla, añadió con

toda la expresion del amor : — Gracias á Dios, hermosa mia, que puedo sin testigos disfrutar de los encantos de tu hermosura.

— ¿Pues qué estorbo hace esa buena mujer? — preguntó Juanilla haciéndose la candorosa.

— ¡Pues si la maldecida no se aparta de tí un momento !....

— Porque representa bien el papel de madre, amigo mio, y de esto deberias tú darte por muy satisfecho.

— Calla por Dios. Esa tia ha hecho con su presencia tantos estragos en mi corazon, como en mi bolsillo con sus continuas exigencias.

— ¡Estragos en tu bolsillo!

— ¡Oh! sí, mas estragos que las Gorganas en las remotas legiones del Occidente, capitaneadas por la feroz y terrible Medusa.

— ¿No me has dicho mil veces que son inagotables tus riquezas?

— ¿Pero por qué no han de ser exclusivamente para tí, paloma de mi alma? Perdona Juanilla; pero yo siempre he creido que esa mujer está aquí demás. No parece sino que seas tú una ovejita de los rebaños del gigante Crisaor, y ella Eurition, el perro de dos cabezas que los guardaba. Ya es hora, prenda mia, de que vivamos el uno para el otro, sin mas compañía que nuestro amor.

— ¿Estás en tu juicio? ¡Vivir los dos solos !....

— Solos no, porque ya ves que en el suntuoso palacio que habitas, estás á todas horas rodeada de doncellas y lacayos..... pero esa mamá postiza me empalaga. Solo por darte gusto la admití en tu compañía, pero....

— Es que sin ella jamás hubiera consentido en habitar esta casa. Ya que tú, con toda tu sabiduría, te muestras indiferente á mi reputacion.... y á la tuya tambien, yo que soy una pobre niña sin esperiencia ni talento, me veo en la precision de tener que darte lecciones de cordura. Esto deberia avergonzarte, amigo mio.

Esta reprension fué generosamente dulcificada por una sonrisa de ángel.

— ¿Dices que deberia avergonzarme? — replicó el poeta.

— Ya se vé que sí.

— ¿Por qué?

— Porque tú deberias haber sido el primero en conocer que sin la postiza mamá, como tú dices, toda la elegante sociedad que ahora frecuenta nuestros salones, te hubiera mirado con desprecio.

—¿Cómo así?

—Como que lo que parece ahora un suceso muy natural, hubiera sido un escándalo, si nos hubieran visto ocupar solos la misma habitacion.

—Cada vez admiro en tí mayores motivos de adoracion. A los hechizos de tu belleza reunes toda la inteligencia de una Sibila. Hermosa Juanilla..... ¡si vieras lo que te adoro!...

—Empiezo ya á creerlo— dijo la astuta jóven con graciosa coquetería.

—¿Lo crees ya... y no me das ni una leve esperanza de consuelo? ¿Quieres alguna nueva prueba de mi amor?

—La verdad... —respondió Juanilla fijando la vista en el suelo como ruborizada.

—Espílicate... Ya sabes, hermosa, que no tengo mas voluntad que la tuya, ni mayor placer que llenar todos tus deseos. Habla.

Juanilla levantó el rostro sin hablar palabra, y después de dirigir una dulce mirada á su protector, volvió á inclinarle sobre su pecho, alargando maquinalmente la diestra, que el poeta estrechó entre sus manos y besó con amorosa frenesía.

—¡Qué feliz soy en este momento! —esclamó don Agapito.—Pero dime, ídolo mio, ¿qué nueva prueba exiges de mi amor?

—No me atrevo á decirlo.

—Esa reserva me ofende.

—Es que.....

—Vamos, acaba.

—Ya sabes que esta noche tenemos baile.

—Que tú presidirás mas hermosa que Juno en el Olimpo.

—Hermosa..... será así..... pero.....

—¿Pero qué?

—Todas se presentarán con tanto lujo.....

—¿Y qué te falta á tí?

—Nada; pero todo lo que tengo lo han visto ya..... y verificándose el baile en nuestra casa... la verdad..... siento no estrenar alguna joya que llamase la atencion tanto por su novedad como por su valor.

Calcule el lector si llegaria á tiempo el capricho de la niña, cuando el desdichado poeta se hallaba ya casi exhausto de recursos pecuniarios, y abundantemente provisto de no insignificantes deudas; pero en medio de sus

apuros tenia toda la serenidad que se requiere para ser un verdadero aristócrata.

Ya engolfado en su temeraria empresa, no era cosa de retroceder por una deuda mas ó menos. Debía el alquiler del palacio, de sus muebles, y de sus trenes, debía crecidas cuentas á las modistas, debía al sastre, debía al fondista, debía hasta el salario de los numerosos lacayos y doncellas que cruzaban las salas de sus dominios.... ¿qué importaba deber una cuenta mas al joyero? Acordóse del célebre dicho *audaces fortuna juvat*, y echando el pecho al agua, resolvió comprar un rico aderezo para su amada por medio de un pagaré á corto plazo segun tenia de costumbre, y abrir sala de juego en el baile preparado para aquella noche, donde se proponia aventurar los escasos restos de su caudal, con grande creencia de que la fortuna le iba á sacar de todos sus compromisos.

Y no se tenga por inverosímil la confianza de los acreedores, porque en Madrid bastan la ostentacion y el boato para alucinar á la codicia de los mercaderes. Así es que las deudas contraídas por don Agapito eran inmensas.

Antes de acceder al capricho de Juanilla quiso don Agapito pedir á su vez el ansiado galardón á que su generosidad le hacia digno, y dirigió la palabra á su amiga en estos términos:

— Tu deseo es muy justo, querida mia, y estoy dispuesto á satisfacerle ahora mismo; pero ¿querrás tú ser tan ingrata como la bella Bolina, que se arrojó al mar para huir de las caricias de Apolo?

— ¿Por qué dices eso?

— Porque yo me afano en satisfacer todos tus deseos, y tú no te decides nunca á corresponder á uno solo que me abraza el corazón.

— ¡Pobrecillo! es cierto— exclamó con zalamería la jóven fascinadora— estoy abusando de tu amor, no quiero retardar tu dicha y la mia.

— ¿De veras?.....— interrumpió el poeta con arrobamiento.

— Sí, bien mio..... pero no..... todavía no.— Y sonriéndose con voluptuosa espresion, añadió:— Cuando hayas satisfecho tú mi deseo, yo tambien satisfaceré el tuyo.

— ¿Me lo prometes?

— Sí.

— ¿Formalmente?

— Con toda formalidad.

— ¿Premiarás mi amor?

— Seré tuya.

— ¿Cuándo?

— Lo he dicho antes.

— ¿Cuando haya satisfecho tu deseo?

— Sí, entonces satisfaré el tuyo.

— Pues esta noche lucirás tu nuevo aderezo.

— Pues esta noche recibirás el premio de tu amor.

— ¡Esta noche! — exclamó loco de gozo el poeta.

— Sí, querido mio, después del baile.....

— Entonces será mañana..... No importa... Al amanecer..... cuando la aurora aparece aun soñolienta sobre su lecho de claveles.... cuando las tórtolas empiezan á acariciarse..... Nosotros tambien..... Por Dios, Juanilla, por Dios no seas como Casandra que burló la credulidad del enamorado Apolo. Dime que hablas formalmente y me voy ahora mismo en busca del mejor aderezo que haya en Madrid.

— Mis labios dicen siempre la verdad.

— Pues ¡á Dios, ídolo mio!.... —dijo el poeta besando la mano de Juanilla.—Voy á vestirme y á comprar la joya que apeteces. ¡A Dios!

El poeta desapareció precipitadamente por un lado, y por el opuesto salió de entre unos cortinajes que cubrían las vidrieras divisorias de la sala en que estaba Juanilla y otras piezas interiores, la señora Antonia, diciendo con alegría:

— Todo lo he oido. ¿Con que un nuevo aderezo?

— Así parece.

— Con todo, no me ha gustado el trato.

— ¿Por qué razon?

— Porque, en cambio, le has hecho tú cierta promesa, que me dá mala espina.

— Pierda usted cuidado, señora Antonia, que toda la sandunga de este cuerpecillo está asegurada de incendios, y por nadie se ha de abrasar... mas que por el aquel de mi Manolo.

— ¿Y cómo te vas á componer para...?

— Eso corre de mi cuenta. Que venga el aderezo; que no ha de faltar

después algun pretesto para vencer el compromiso.

—Eres el mismo diablo.

—Soy una mujer de bien que hago tres buenas acciones de un solo golpe, á saber: proporciono, al que ha de ser mi marido cuando se le desentajaule, riquezas para poder vivir tranquilo sin necesidad de volver á las andadas, castigo á uno de esos ricachos que por que tienen dinero se creen con facultades para seducir y deshorrar á las doncellas de humilde condicion, y vengo á las muchas mujeres que han sido víctimas de los hombres.

En este momento se presentó el *tio Palique* con su levita de rico sedan y sombrero de copa alta, sobre un gorro negro de cura que tapaba su coletilla. De cachetero cesante habia ascendido á señor de alto coturno, merced á los proyectos del trastornado juicio del poeta.

El *tio Palique* era por los criados respetado como un individuo de la familia; pero no sabian el grado de parentesco que le unia á los demás, aunque presumian que era hermano de la señora mayor. Habia recobrado su nombre de pila precedido de un aristocrático don que no dejaba de halagar su vanidad.

Con todo, nuestro buen don Angel sentíase mortificado hasta lo sumo en presencia de testigos, porque se le habia impuesto la condicion de hablar lo menos que le fuera posible, á fin de no descubrir el origen de su verdadera gerarquía delante de los criados, y mucho menos en los círculos de sociedad.

Adaptó en consecuencia el medio mas prudente para no dar ninguna pifia, y fué pasar el dia fuera de casa, esceptuando las horas de comer y dormir. Á pesar de esto, costábale gran trabajo contenerse cuando los criados formaban algun corrillo ó jaraneaban entre sí; pues entonces le atacaba la comezon de ir á contarles sus proezas tauromáquicas, y el desastroso fin de su camarada Pepe Hillo.

La presencia del *tio Palique* en la sala donde se hallaban la señora Antonia y Juanilla á las once de la mañana, era seguramente asaz misteriosa. Así es que su hija exclamó al verle:

—¿Hay algo de nuevo?

—Tú lo dirás — respondió el recién llegado entregando una carta á Juanilla.

—¿Qué carta es esta? — preguntó la hija apoderándose de ella.

—Léela y todos lo sabremos—dijo la señora Antonia—pues tambien estoy yo en ascuas.

—Eso es, léela y salimos de curiosiá—añadió el *tio Palique*.

—¿Pero cómo ha llegado á sus manos de usted?—preguntó Juanilla.

—Yo te diré, como no sabe uno como yegar á las horas de comer y de tumbarse sin naita que haser, me paso las horas muertas paseándome por los soportales del patio de la casa de correos. Ya sabes tú que yo he sío siempre muy afisionao á la letura.... Si mis padres me hubieran dao otra educasion, te aseguro que hubiera sío uno de los mejores abogaos de España. Yo soy hombre de esperensia, y...

—Todo eso no es del caso—interrumpió Juanilla impaciente.—Antes de abrir esta carta, quiero saber quién se la ha entregado á usted.

—Naide, hija mia.

—¿Cómo nadie?

—Naide.

—Eso no puede ser.

—Pues ya sabes tú que nunca ma gustao faltar á la verdá.

—Sin embargo, esta carta de alguien debe usted haberla recibido.

—Esa es harina de otro costal.

—Me hará usted perder la paciencia, padre.

—Cachasa, hija mia, que Samora no se hiso en una hora, como dijo el otro.

—Yo no abro esta carta si no me dice usted quién se la ha entregado.

—¿Te lo he de repetir cantando ó resando?

—¿Pero de quién es?

—Toa mi esperensia no ma dao la habiliá de adivinar ese busili.

—La hago pedazos sin leer.

—Eso seria una atosiá.

—Usted se empeña en callar....

—¡Bendito sea Dios! Esta es la primera vez que se me hase justisia.

Nunca ma gustao ser hablaor ni pelmaso.

—¿Con que nadie le ha entregado á usted esta carta?

—Naide.

—¿Pues cómo ha llegado á sus manos?

—No seas súbita, Juaniya. Eso es lo que voy á desirte. Como disen que

la lectura es lo que mas instruye á los hombres, me entretengo toos los dias en leer las listas de la casa de correos. Hoy me he quedao como el que vé visiones al verme á mí en eyas. He sacao la carta que me correspondia; pero al querer enterarme de su contenido, me he quedao en ayunas, porque para mí no habia mas que el sobre, y dentro estaba la carta que tienes en tu mano.

—¿Con que ha venido por el correo?—preguntó Juanilla.
—Eso es.

Juanilla rompió el sobre, y leia el escrito con avidez, cuando repentinamente lanza un grito indefinible. Á este grito sucede un prolongado y convulsivo estremecimiento.





CAPITULO XXIV.

EL PRESIDARIO.

O ouro e a prata por toda
a parte brilhaó.

M.***

Los placeres y dulzores
De esta vida trabajada
Que tenemos,
¿Qué son sino corredores,
Y la muerte es la celada
En que caemos?

MANRIQUE.

— ¡Es de Manolo!... ¡Es de Manolo! — gritaba Juanilla besando la carta y saltando como una loca de pura alegría.

— ¡De Manolo! — exclamaron á un tiempo la señora Antonia y el tío Pa-
lique.

— ¿Y qué dice mi hijo? — añadió la señora Antonia.

— Escuchen ustedes.

—Aguarda un poco —repuso el *tio Palique* á su hija que iba á empezar la lectura de la carta.

El prudente viejo fué á cerrar todas las puertas de paso, y volviendo al lado de Juanilla, le dijo:

—Vamos á ver lo que dise Manoliyo.

La carta del contrabandista, que leyó Juanilla con notable emocion, empezaba de este modo:

«Juanilla de mi corazon; me alegraré que estos cuatro renglones te hallen en perfecta y cabal salud, como para mí deseo, en compañía de tu padre y de todas aquellas personas de tu mayor estimacion y aprecio.»

—¡Qué bien pone la pluma el hijo de mis entrañas! —Interrumpió llena de gozo la señora Antonia.

Juanilla continuó leyendo:

«Sabrás como tengo una gran noticia que manifestarte, y no dudo que te será muy satisfactoria, si, como no dudo eres siempre la misma en la fidelidad y constancia de tu amor, pues no dudo que no habrás olvidado tus juramentos, ni la palabra de esposa que me manifestaste delante de tu padre.»

—Too eso es el puro evangelio —esclamó el *tio Palique*.

Juanilla prosiguió la lectura en estos términos:

«Sabrás que la gran noticia que tengo que manifestarte, es que tan pronto como supimos en esta que Fernando séptimo habia vuelto á Madrid, nos aconsejó un abogado de mucha ciencia y esperiencia que le dirigiésemos cuatro toscos renglones, lo cual le hicimos en forma de representacion que escribió el mismo abogado, hombre que maneja la pluma mejor que el memorialista mas pintado, y que se pinta solo para estos lances.»

«Sabrás como en la representacion le manifestábamos á Fernando séptimo que nos alegrábamos mucho de que hubiese vuelto á Madrid y que Dios le guardase su importante vida muchos años para hacer la felicidad de todos sus fieles vasallos, y que como padre que era de sus hijos, nosotros le manifestábamos que en celebridad de su triunfo tuviese la honra de indultarnos.»

«Sabrás como á vuelta de correo ha venido nuestro perdon, y todos los que pusimos la firma estamos ya libres.»

—¿Será cierto? —balbuceó sollozando de placer la señora Antonia.

—Deja que acabe la letura —replicó el *tio Palique*.

Juanilla se enjugó una lágrima y continuó:

«Harás inmediatamente una visita á mi madre, y le manifestarás que tome esta por propia, y que en breve tendré el gusto de darle un fuerte abrazo.»

— ¡Hijo de mi vida! — interrumpió la señora Antonia llorando. —

Juanilla concluyó su lectura de este modo :

«No sé cómo ni cuándo saldré de acá; pero no me escribas, porque no es regular que tu respuesta me hallase en esta. Espero darte pronto un fuerte abrazo.»

«Darás un fuerte abrazo á mi madre y otro á tu padre, y manda lo que gustes á tu rendido amante que solo desea el momento de darte su blanca mano, y manifestarte que es y será hasta la muerte tu fiel — Manuel Redondo.»

— Ya ven ustedes — dijo Juanilla rebosando de júbilo — que Manolo puede llegar de un día á otro, y no es razon que me encuentre en esta casa.

— ¿Por qué no? — preguntó el *tio Palique*.

— Porque pudiera sospechar algo malo de mí.

— Déjate de aprensiones.

— No son aprensiones, padre.

— ¿No está á tu lado la señora Antonia?

— Sin embargo...

— ¿No estoy yo tambien contigo?

— Todo eso es verdad... pero...

— Manoliyo sabe que soy hombre de esperensia y de mucho, aquel para que fuese á permitir yo que degüeyen nuestra honra de un goyetaso. Naá de eso.

— Pues digo á ustedes que no estoy contenta...

— ¿Pero por qué?

— Porque me gustaria mas que me hallase en mi casita de la calle de la Gorguera.

— ¡Graciosa ocurrencia! — exclamó en ademan de desaprobacion la señora Antonia.

— Le vá á disgustar mucho á Manolo el encontrarme aquí — repuso Juanilla.

— ¿Cómo ha de serle desagradable encontrarte rica?

— Rica porque hay un caballero que me obsequia; y como él es tan celoso...

—Se hará cargo de la razon, y...

—De todos modos, yo creo que tendrá sobrados motivos para sospechar de mí.

—Quita allá—repuso la señora Antonia.—Eso fuera bueno si no estuviera yo á tu lado.

—Pero como vive con nosotras don Agapito...

—¿Y qué? Es un huesped como otro cualquiera. Apuradamente no hay otra cosa en las casas de Madrid. Es un huesped muy rico, que paga bien y nos ha puesto en zancos, como suele decirse. En todo esto no hay cosa que no sea natural.

—Pero es un huesped que me tutea.... que me obsequia continuamente con regalos... que pasa por primo á los ojos de todo el mundo...

—Pues precisamente por todas esas circunstancias—replicó con maliciosa sonrisa la señora Antonia—no debe abandonarse la viña del Señor. ¿Te parece moco de pavo un hombre que regala y que es aficionado á pasar por primo?

—Será un tesoro; pero cuando hay otro hombre de por medio á quien se ama y se le ha jurado eterna fidelidad...

—En semejante caso es muy laudable desollar al rico para socorrer al pobre, mayormente cuando el rico lleva una intencion perversa aunque viva en un palacio, y el pobre es honrado aunque venga de presidio.

—Caballito—esclamó el *tio Palique*.—A bicho marrajo estocaa de siego. No abandones la muletiya ni te salgas del redondel, prenda, que Dios sabe cuándo nos veremos en otra. Lo primero es lo primero; y en disiendo á Manoliyo esto es lo que hay, te querrá mas en toavía que si te hubieras hecho monja para yorar su ausensia.

—Los consejos de ustedes son muy sábios—replicó Juanilla—pero yo me contento con las joyas y trajes que tengo en el tocador y el aderezo que voy á estrenar esta noche. Me parece que es una riqueza suficiente para mi dote, y convirtiéndolo todo en dinero, podrá Manolo pasar sus dias en mi compañía sin necesidad de esponer el pellejo. Además, la señora Antonia sabe que hay otro motivo poderoso para que esta noche riña yo con don Agapito.

—¿Otro motivo?—repuso vacilante la señora Antonia, y después de una breve meditacion añadió:—¡Ah! ya caigo... es verdad.

—¿Y qué motivo es ese?—

—Que cansado ya don Agapito de esperar que premie su amor, me ha pedido hoy una esplicacion.

—¿Y qué?

—Que se la he dado.

—¿En qué términos?

—En los que convienen á una mujer honrada. Le he dicho que obtendria el premio que deseaba si se allanaba á una condicion.

—¿Qué condicion es esa?

—La de que me ha de regalar para esta noche un rico aderezo.

—¡Juaniya!

—Tranquilcese usted, padre, mi honor vale mas que todos los aderezos del mundo. Ese buen señorito me ha ofendido gravemente suponiendo que yo me venderia por un aderezo, y como esta conducta merece un castigo, le he prometido lo que desea, con intencion de apoderarme de la nueva joya, y reñir luego.

—Todo eso está muy bien pensado—objetó la señora Antonia—¿pero de qué pretexto has de valerte luego para reñir?

—No faltarán—respondió Juanilla sonriéndose.—Con fingir unos celos... con pedir un imposible... En fin, esto corre de mi cuenta. Lo cierto es que mañana volvemos á nuestra humilde condicion.

—¡Linda gracia!—esclamó el *tio Palique*.—Ahora que le iba yo tomando querensia á mi sombrero de copa alta... y á este balandran...—y enseñaba la levita.

—¿Quién le impide á usted seguir con ese traje?—repuso Juanilla.—Ahora aunque no tengamos lujosos coches, no por eso dejaremos de pasarlo bien.

—Pues señor, que venga Manoliyo, y casaos en gracia de Dios, verdá Antonica?

—Ya se vé que sí, y Dios les bendiga y les haga felices.

—Y en compañía de ustedes—añadió con amabilidad Juanilla.

—Eso por suponio—dijo el *tio Palique*.—Y con toa esa riqueza que vas á yevar en dote, lo mejor que puede haser tu marío es comprar un buen soto y establecer una vacaa de lo mas escogio..... y luego se arrienda la plasa de toros... y...

—Esas son cosas para mas adelante—interrumpió Juanilla.—Lo que ahora conviene es no dar nada que recelar. Usted, padre, se vá de casa como los demás dias, y nosotras nos entretendremos en embaular nuestras riquezas para tenerlo todo listo cuando sea hora de emprender la retirada. Solo dejaremos fuera lo preciso para esta noche. Mas tarde saldremos á ver mi antiguo cuartito, cuyo alquiler no ha vencido aun, y de este modo tendré la satisfaccion de hacer feliz á mi Manolo, sin darle celos, que atendido su genio pronto y arrojado, podrian muy bien ocasionar alguna desgracia.

Puestos por fin de acuerdo los tres aristócratas de farsa para dar término aquella misma noche á la que estaban representando, procuraron desempeñar durante el dia sus respectivos papeles con toda la perfeccion posible.

Juanilla visitó su modesta habitacion de la calle de la Gorguera depositando en ella cuatro cofres con todas sus alhajas y vestidos que hizo trasladar á hurtadillas de don Agapito, exceptuando solo lo que necesitaba para aquella noche.

La señora Antonia habia confiado á una amiga suya el cuidado de una prendería que tenia en el Rastro, de consiguiente se proponia volver á ella por de pronto; pero tenia grandes proyectos para después del casamiento en ciernes, y á fuer de mujer de experiencia y disposicion para todo, segun ella misma decia, lisonjeábase de que una vez reunidas las dos familias, no habria mas voluntad que la suya.

No queremos perder tiempo en datallar las conversaciones de aquel dia entre el malparado poeta y sus protejidas. Ambas estuvieron amables y complacientes como nunca, particularmente la supuesta primita aparentaba los mas vehementes deseos de que llegára el instante de cumplir la solemne promesa que habia hecho á su enamorado galanteador.

El poeta por su parte habiase abandonado á todo linaje de ilusiones. El bello panorama de un porvenir rodeado de poéticas felicidades; preocupaba su caliente fantasia.

Habia convidado á los jugadores mas famosos de la córte, con la esperanza de que en aquel dichoso dia en que todo iba saliendo á medida de sus deseos, no habia de abandonarle por la noche la fortuna.

El oro que le faltaba para salir de todos sus apuros, era fácil adquirirlo. Solo se necesitaba osadía y un cuarto de hora de buena suerte. ¿Puede haber cosa mas fácil?

Llenar de asombro á Madrid con el baile magnífico que iba á dar á lo mas selecto de la aristocrácia; sacar del juego todo el oro que necesitaba para salir airoso de todos sus compromisos, y para colmo de su ventura apurar la copa de los placeres de amor en los brazos de una beldad, eran para él tres solemnidades que no podian dejar de acontecer, y en pos de ellas prolongábase una senda cubierta de flores, por la cual habia de verle caminar de continuo la pérfida Elisa, atosigada por los celos al contemplarle dichoso con las caricias de otra dama. La venganza era completa y deliciosa á la vez.

Llegó la hora del baile. Tuvo comienzo á las nueve de la noche; pero hasta las diez no empezó á estar animada la concurrencia.

A las once fué cuando los salones, adornados con mas profusion de riqueza que gusto y elegancia, viéronse poblados por una inmensa y escogida muchedumbre compuesta de las personas mas distinguidas de la aristocrácia.

La diversidad de los trajes y caprichosas formas de los tocados de las damas, que entre matizadas flores y preciosos encages hacian ostencion de sus riquísimas joyas, la inmensidad de luces que se reproducian en los cristales causando temblorosos cambiantes de diminutas estrellas en los aderezos de piedras preciosas de vivísimos colores, la ebullicion que reinaba por doquiera, la alegría de los colorados rostros, la donosura y belleza de las jóvenes elegantes, la vivacidad de los enamorados y traviesos mozalvetes, todo en fin contribuia á formar de aquel conjunto un cuadro delicioso, de un efecto sorprendente y fascinador.

En medio de aquella agradable animacion, descollaba, tanto por su hermosura como por su traje y el magnífico aderezo que estrenaba, la traviesa Juanilla. Llevaba para que armonizase con la riqueza del aderezo, un lindo vestido de gro amarillo, un precioso prendido de frutas artificiales, entre hojas verdes guarnecidas de brillantes que parecian querer imitar al rocío, y brazaletes de gran valor.

Otras jóvenes ostentaban mayor elegancia y finura; pero no tan donosa coquetería, no tan seductora belleza. Bailaba divinamente las alemandas y los walses con figuras, que estaban á la sazón en voga. Llamábanse así, porque sin dejar de bailar tomaba la mujer distintas posiciones entre los brazos del compañero; y Juanilla finjia ora un sueño, ora un desmayo con